

## LA POLÍTICA COMO FUENTE DE PLACER

Aníbal Romero

2000

A diferencia de lo que muchos piensan, la política ha sido y sigue siendo una fuente de placer para algunos, tanto a nivel intelectual como en el plano de la acción histórica. El placer que es capaz suscitar el interés por la política, así como su ejercicio concreto, puede germinar, de un lado, en el plano de las ideas, a partir del planteamiento de una visión o "modelo" sobre cómo debe constituirse el orden. Por otro lado, la política es capaz de vincularse al placer en una dimensión práctica, que se refiere a la búsqueda y ejercicio del poder bien sea como fin en sí mismo o como medio para otros fines.

En el primer caso podemos hablar del placer "estético" de la política, asumida intelectualmente como indagación y formulación de una imagen ideal, de una visión del orden justo, capaz de equilibrar las aspiraciones de los individuos con las exigencias de la vida en común. Este placer estético surge, por tanto, de un tipo de reflexión encaminada a elaborar un paradigma, un esquema, un marco referencial que permita orientar los conflictos hacia una eventual resolución estable y duradera, hacia la materialización en la historia real de un estado de cosas que cumpla con nuestras aspiraciones de paz, prosperidad y justicia.

La tarea del filósofo político, dice Platón en *Las Leyes*, consiste en proyectar hacia el futuro un orden más perfecto, y en la elaboración de ese modelo "no ha de omitir nada de lo que sea lo más bello y lo más verdadero". Lo que se requiere, explica en *La República*, es que el filósofo político articule ante todo un paradigma nítido de la verdad perfecta, el cual pueda ser estudiado "a la manera de los pintores", antes de intentar plasmar la justicia, la bondad, el honor y la belleza en instituciones terrenas.

El lector de la obra platónica no puede menos que apreciar la voluntad "arquitectónica" de su autor, el extraordinario esfuerzo dirigido a dar forma a una estructura intelectual que haga de la política el camino hacia una realidad superior. Esta última existe inicialmente en el espíritu del filósofo, que la contempla como una especie de obra de arte derivando de la misma intenso placer estético; de allí puede servir de inspiración para alentar una actividad práctica que transforme el esquema ideal en una realidad concreta. El impulso "arquitectónico" del pensamiento político se encuentra también en Hobbes, quien en *El Leviatán* insiste sobre la importancia que tiene "la ayuda de un arquitecto muy hábil", capaz de diseñar un orden estable, pues de lo contrario el edificio político "vendrá a caer sin remedio sobre las cabezas

de su posteridad". Semejante impulso estético se pone igualmente de manifiesto, con especial impacto, en las inmensas y complejas catedrales de pensamiento levantadas por San Agustín y Tomás de Aquino, ejes de la tradición cristiana en la filosofía política. En todos estos casos, el placer de la política tiene una sustancia espiritual, vinculada a lo estético, y plasmada en edificaciones del pensamiento que elevaron a sus autores a la cima del conocimiento. Se trata de construcciones teológico-políticas que pueden llevar a sus lectores a experimentar un disfrute bastante parecido -salvando las necesarias distancias- al que suscita una gran obra de arte en la pintura, la escultura y la arquitectura.

Sin pretender indagar en sus detalles los contenidos de ese impulso estético, considero de interés constatar su presencia y destacar su relevancia como una instancia significativa de la política -en este caso, de la reflexión política-, entendida como fuente de placer (el placer de la conquista intelectual), no solamente para los autores de esas obras, sino también para los que nos acercamos a ellas con el fin de imaginar mundos posibles. Si por placer entendemos lo que nos es grato y resulta satisfactorio, en contraste con lo que nos repele y desagrada, entonces considero que numerosas personas podríamos dar testimonio del placer que se desprende de la lectura de, por ejemplo, *La República*, *El Leviatán*, y *La Ciudad de Dios*, para sólo citar estos ejemplos.

Ahora bien, y todavía en un plano estrictamente intelectual, otra fuente de placer en el campo de la reflexión política se encuentra en el mero análisis de la realidad tal como es, sin pretensiones de cambiarla o de construir mundos ideales. Me refiero, por ejemplo, al placer que hallamos plasmado en la obra de un Maquiavelo, cuyos escritos tienen el enorme mérito de retornos a ver las cosas como son y no como deberían ser, pues "tanta es la distancia entre cómo se vive y cómo se debería vivir que quien prefiere a lo que se hace lo que debería hacerse, más camina a su ruina que a su preservación". En buen número de pasajes, tanto en *El Príncipe* como en los Discursos sobre la primera década de Tito Livio y otras de sus obras, Maquiavelo deja traslucir el evidente placer que le genera la constatación de la flaqueza y la nobleza humanas, así como de su propia agudeza crítica enfrentada al desafío de estudiar nuestra conducta y extraer conclusiones en torno a su destino.

La política es un fenómeno profundamente humano, que tiene que ver tanto con la lucha por un poder siempre debatido como con la creación de un marco estable para la existencia en común. Dada la innegable importancia de la política para la vida de todos, nos gusten o no sus exigencias, grandezas y miserias, la misma requiere de un riguroso empeño teórico orientado a desentrañar su potencial y limitaciones. El análisis de la realidad política, bien sea apasionado o desprovisto de compromisos superiores, puede en consecuencia ofrecer legítimo placer intelectual al que le aborda. Muchas páginas de Aristóteles, Maquiavelo, Marx, Isaiah Berlín y Michael Oakeshott, entre otros autores en el ámbito de lo político, así lo revelan.

En lo relativo a la acción práctica, la política es fuente de otros placeres. Como con acierto escribió Weber: "Quien hace política aspira al poder; al poder como medio para la consecución de otros fines (idealistas o egoístas) o al poder 'por el poder, para gozar del sentimiento de prestigio que él confiere". Y dice más adelante: "Hay dos formas de hacer de la política una profesión. O se vive 'para' la política o se vive 'de' la política." De ambas situaciones, directa o indirectamente, puede derivarse placer: los que viven "para" la política lo encuentran en el ímpetu de dominio, la lucha por ideales, la sensación de control, de camaradería, o de identidad frente a adversarios comunes. Los que viven "de" la política derivan placer de los beneficios materiales que pueden alcanzar mediante la participación en sus inciertos avatares.

El placer que se desprende del ejercicio práctico de la política está con frecuencia íntimamente asociado al gusto de mandar, de dominar situaciones y a otros hombres. Puede que se trate para algunos de un placer de cierta manera perverso, pero ello no le hace menos real en aquellos que lo experimentan. Imponer la voluntad propia sobre la de los demás es con frecuencia una fuente de satisfacción, aunque pueda en ocasiones tratarse de un deseo éticamente cuestionable. Mas no cabe duda que se trata de una aspiración bastante extendida, especialmente entre los políticos.

Cuando Weber habla del "prestigio" que otorga el poder también podría referirse a la ambición de gloria, una dimensión clave en la carrera de Bolívar -para citar un caso-, como él mismo lo expresó en numerosas cartas. Acerca del ansia de la gloria y su elevada consideración por parte de los políticos prácticos, Otto Von Bismarck escribió unas líneas memorables, cuando afirmó que "el patriotismo es probablemente el móvil de pocos estadistas famosos, especialmente en los Estados absolutistas; con mayor frecuencia es la ambición, el deseo de dominar, de ser admirado y famoso. Debo confesar que no estoy libre de dicha pasión..." Bolívar no solamente no fue ajeno a esa ambición, por lo demás legítima, sino que de hecho la sed de gloria constituyó uno de los motores fundamentales de su gesta histórica. Como dijo a Sucre en 1828: "La gloria es mil veces preferible a la felicidad"; y a Arboleda, el mismo año: "Usted sabe que la gloria y la guerra son mi flaqueza". La carrera del Libertador pone de manifiesto, al igual que las de Lincoln y Churchill, entre otros destacados estadistas, el uso del poder como medio para otros fines -idealistas y no egoístas, en sus casos-, vinculado al anhelo de gloria, fama y prestigio personal.

En contraste con los ejemplos mencionados, la trayectoria vital e impacto político de Adolfo Hitler ilustran con particular crudeza el sentido de la política como instrumento de dominio y manipulación de los otros, del cual se deriva un placer casi morboso, así como su uso para fines egoístas y catastróficamente destructivos. Su más reciente biógrafo señala que "el afrodisíaco de Hitler fue el poder", y apunta que el jefe nazi "necesitaba la excitación orgásmica que sólo las masas extasiadas podían proporcionarle. La satisfacción que le producía la reacción arrebatada del aplauso

impetuoso de multitudes vitoreantes debía de ofrecer una compensación por el vacío de sus relaciones personales". Con notable acierto, el historiador británico Ian Kershaw destaca otro rasgo de la personalidad de Hitler y su perfil político, que pone de manifiesto su vinculación a cierto tipo de placer. Me refiero al político como actor, como personaje que representa un papel en un drama complejo y exigente, y que lo disfruta como tal. Hitler era, sostiene su nuevo y brillante biógrafo, un "actor consumado"; ello se hacía evidente "en los actos organizados, la entrada pospuesta al local lleno, la cuidadosa elaboración de los discursos, los gestos y el lenguaje corporal". Actuar puede ser un placer que los actores políticos pocas veces rehuyen.

En este orden de ideas, cabe indicar que la imagen de la vida como un teatro, "el gran teatro del mundo", es bien conocida y se aplica igualmente a la política, vista como tragedia o como comedia. Ya he destacado el caso de un Hitler, que actuaba para engañar, cultivando las dotes de simulador y disimulador, convencido -como Maquiavelo- de que "es indispensable saber disfrazar bien las cosas y ser maestro en fingimiento, aunque los hombres son tan cándidos y tan sumisos a las necesidades del momento que, quien engañe, encontrará siempre quien se deje engañar". Distinta era la actitud de Churchill cuando afirmaba que "es un hermoso juego, el de la política". En esta instancia, y a diferencia de Hitler, estamos hablando de un placer lúdico, es decir, asociado al significado del juego, del "teatro del mundo" percibido como comedia y no como tragedia, pero como comedia enaltecedora de valores superiores y no burlesca y humillante.

Como he escrito en otra parte, la política puede entenderse a manera de compromiso, en función del acatamiento de unas reglas y del adecuado dimensionamiento de la misma como uno sólo -y no necesariamente el más importante- de los planos o niveles en que se manifiesta la existencia humana. En contraste con esta visión lúdica, tenemos un concepto de la política como afirmación radical de la identidad frente al "otro", en términos de lucha existencial, como algo en extremo relevante a lo que debemos sacrificar otros valores.

La política entendida en su primer sentido, es decir, como compromiso que impide la destrucción y posibilita la convivencia (sentido que encierra un indispensable contenido lúdico), implica entre otros aspectos la aceptación del "otro" como un semejante (que puede convertirse en oponente o adversario circunstancial y temporal, pero sin llegar a ser un "enemigo"). A ello se añade la admisión de reglas comunes de conducta y la comprensión de que hay cosas más importantes que la política (el amor, por ejemplo, la amistad, la moral, el arte, la religión, entre otras), que deben llevarnos a no tomarla excesivamente "en serio". Por el contrario, la política de la identidad -la de un Hitler-, ve en el "otro" un enemigo a muerte, no admite reglas comunes, y la concibe como instrumento destinado a afirmar la identidad propia o del grupo en función del control, manipulación, o liquidación de ese "otro". La democracia liberal no puede existir en un marco de conflictos nutridos por una "política de la identidad" y la confrontación "existencial", y sólo puede

desarrollarse en el espacio estimulante de una "política del compromiso", alimentada a su vez por el sentido del juego, de lo lúdico, como una dimensión esencial de la vida humana.

Ubicada en ese contexto, el de una confrontación limitada y sometida a reglas de convivencia creadora, la política puede ser, y de hecho lo ha sido y es, en las democracias liberales modernas, una fuente de placer lúdico, abierta al uso inteligente de nuestra ingeniosidad, así como de la ironía como manifestación de la agudeza intelectual. En este mismo terreno, el de la polémica sometida al imperio del derecho y de valores humanistas, la política puede darnos el placer de contribuir a que nuestra existencia en común se haga cada vez más civilizada y armoniosa, menos ingrata y dolorosa, lo cual constituye una meta de incomparable valía, a la que merece la pena contribuir y hacerlo placenteramente.